

## EL SAUCE LLORÓN

Esta historia empieza en un claro. El claro estaba oculto por un espeso bosque en el que los animales disfrutaban del aire puro de las montañas y del cálido sentimiento que transmitía el sol por la mañana. Pero lo más bello de aquel claro, era el árbol. Un precioso sauce de ancho tronco y de ramas caídas, que acariciaban el suelo con sus hojas. Al lado del árbol había un riachuelo que mantenía fresco al sauce y a los animales que bebían de él. Décadas antes fue plantado allí por un cansado viajero proveniente de Asia, que buscando refugio de los asfixiantes rayos del sol, buscó la sombra de algún árbol, y al no encontrarla, pensó que sería buena idea plantar uno para el siguiente viajero que buscara cobijo. Aquella semilla creció hasta convertirse en un árbol grande y fuerte. Lo que aquel viajero nunca supo, fue que aquel sauce se convirtió en el refugio de muchas personas. Se convirtió en el consuelo de muchas almas tristes que se encontraban perdidas en la sierra de Guadarrama, pero que nadie parecía darse cuenta de ello. Esas historias se pueden ver escritas en la corteza del árbol. Cicatrices permanentes, que solo desaparecerán cuando el último testigo de aquellas vidas, el sauce, se vaya. Si él pudiera hablar os contaría sus recuerdos. Su favorito era el de dos niños que encontraron el claro y se pusieron a jugar alrededor de él. Se reían e intentaban escalar sus ramas, lo cuál era difícil pues estaban inclinadas y acababan en el suelo, pero ellos se reían y continuaban divirtiéndose. Aquel claro de la sierra de Guadarrama estaba muy apartado de las rutas por donde la gente caminaba, así que aquella visita le agradó mucho.

-Vamos Lucas debemos volver a casa. Empieza a anochecer.

-¡Oh!, vamos Clara, quedémonos un rato más.-dijo él quejándose.

-Mi madre se enfadará conmigo y tu madre contigo si llegamos tarde.

-Vale voy- dijo él refunfuñando - pero prométeme que volveremos aquí. Es perfecto aquí no hay nadie que nos moleste.

-Vale, sí, pero vamos, deprisa- le dijo ella apremiándole.

Lo que aquel sauce nunca se imaginó fue que los niños continuasen yendo al claro. Vio como crecieron. No solo físicamente, sino también mentalmente. Dejaron de hablar de cómo podrían escalar el árbol sin caerse, a hablar de política y literatura. En una ocasión él le dijo a ella que le gustaba hablar con

ella sobre esos temas porque normalmente las mujeres se limitaban a asentir y callarse sus opiniones.

-Eso te agradará a ti, Lucas, pero el otro día en una cena, mi padre y un amigo suyo estaban hablando sobre el presidente y yo hice un comentario que casi dejó catatónico a nuestro invitado.-dijo ella un poco molesta mientras continuaba haciendo una bufanda con unas agujas. Su humor no mejoró cuando Lucas se rió tan fuerte que algunos pájaros, alarmados, salieron volando de las ramas. Le miró con cara de pocos amigos.

-No tiene gracia, mi madre me echó una buena reprimenda por eso.- Suspiró - ¿Sabes? Me gustaría decir lo que quisiera sin causar ningún infarto a nadie.

-¿Y tú sabes qué? Si te casaras conmigo podrías decir todas las barbaridades que se te ocurrieran- le dijo con una sonrisa pícaro en el rostro.

-Mucho mejor- dijo después de reírse- A mi padre le encantará que me case con el hijo del panadero- continuó diciéndolo medio en burla, pensando que lo decía en broma.

Lucas apartó la mirada de Clara para que ella no pudiese ver su rostro. Ella lo miró un tanto desconcertada, y al rato dijo:

-Bueno, nos vemos mañana, tengo que ayudar a mi madre con la cena.

Él le respondió con un seco hasta luego y Clara salió del claro. Hubo unos minutos de silencio y Lucas se tumbó al lado del árbol y mirando las ramas del sauce habló.

-Debe ser muy aburrida la vida de un árbol, ¿Verdad?-Esperó como si fuera a recibir respuesta, y suspiró- Ahora entiendo por qué te llaman Sauce Llorón. Tan rebosante de vida. Conectado a la tierra desde hace décadas, viendo como todos los animales y personas viven a tu alrededor, y tú ahí parado como sino existieras. Seguro que debes estar triste -se quedó callado un momento mirando como una ardilla saltaba de rama en rama.- Ojalá me pudieras ayudar, tu nos conoces desde niños, ¿Es que no se ve que estoy loco por ella?, ¿O es que ella ya lo sabe pero no me quiere a mí? Soy como tú, amigo,- continuó mirando al sauce- tu ves a los animales alrededor tuyo. Puedes quererlos pero ellos nunca lo sabrán porque dios te hizo árbol.- suspiró- Y yo puedo quererla pero nunca pasará nada porque dios la hizo perfecta y a mí me hizo ser un mísero panadero.-Aquello último lo dijo con resentimiento- Y además me hizo

un chalado pues estoy hablando con un árbol.- Entonces se levantó y salió del claro.

Al sauce le hubiera gustado decir tantas cosas. Una de las cosas que le hubiera gustado decir es que el muchacho tenía razón. Cómo le gustaría que le crecieran patas y correr por la sierra. Como le gustaría poder hablar y darle consejo al chico, ¡O simplemente poder hablar y punto! Estaba encerrado en una caja de madera, condenado a ver vivir sin vivir él. Y condenado a ver los errores que cometieron aquellos muchachos sin poder hacer nada.

Lucas continuó sin hacer nada ni decirle a nada a Clara. Seguían yendo a sentarse a los pies del árbol a hablar y a pasar las tardes. Hasta una tarde de marzo en la que tuvieron una pelea. Lucas se encontraba sentado al lado del riachuelo mirando a la nada y Clara vino enfadada.

-¿Se puede saber a qué vino lo de ayer?

-No sé de qué me hablas- respondió sin mirarla a los ojos.

-Fuiste un grosero con Hugo, y además lo dejaste en evidencia.

-No es culpa mía si no sabe construir correctamente las frases.

-¡No lo digas como si él fuera estúpido! Lo hiciste solo para fastidiarle.- él no dijo nada y eso enfadó más a Clara.- ¡Mira, no es culpa mía si no te gusta mi novio! ¡Así que deberás acostumbrarte a su presencia!

-¿Y si ese es el problema?, ¿Y si no quiero?-entonces la miró a los ojos.

Estaban llenos de una mezcla de dolor y furia.-Me parece un idiota, te mereces a alguien mejor.

Le miró con desprecio- ¿A quién?, ¿Tú por ejemplo?-Clara vio por un momento sorpresa en su rostro, pero luego pasó a la frialdad.

-No, yo solo soy el hijo del panadero.¿O acaso no fue lo que dijiste?

Clara dejó el enfado a un lado y le miró a los ojos tristemente.

-Lucas, yo no...

-Si, si lo piensas.-entonces se levantó y echó a andar lejos de ella.

-¡Lucas, espera!

-Que seas muy feliz Clara.

Ella no lo siguió. Se limitó a quedarse mirando como él se iba. Entonces, no lo pudo evitar y rompió a llorar. Se pasó lo que quedaba de tarde lamentándose debajo del árbol. Como le hubiera gustado al sauce consolarla. Pero no podía así que se conformó con pensar que sus ramas la refugiaban del frío. Al rato

vio como ella cogía una piedra y tallaba algo en su corteza. Ella había escrito: eternidad.

El sauce nunca llegó a comprender esas palabras del todo. No se si la muchacha al escribir eso quiso decir que su amistad sería eterna. O que le querría por siempre. No volvió a ver a ninguno de ellos. A veces se quedaba pensando en que sería de ellos. Si serían amigos todavía o si Clara se casó con Hugo. También pensaba si alguno de ellos seguiría correteando por esta preciosa sierra apellidada Guadarrama. Solía echar de menos a los chicos. Ellos habían sido como los amigos que nunca había tenido. Con ellos había compartido sus tardes y también se había echo daño al romperse alguna que otra rama porque los niños se habían subido encima, como un niño que jugando se había caído y se había hecho una herida. Pasaron los años y el claro seguía igual que siempre, cuando de repente aparecieron dos niños, uno con los ojos azules como los de clara y con el pelo rizado de Lucas, y una niña que parecía la viva imagen de Clara de niña, y se pusieron a jugar por el claro. Entonces el Sauce Llorón se paró a pensar, si sería una casualidad que aquellos niños se pareciesen tanto, a aquellos niños que vio crecer tan deprisa una vez.